Manuel Rivero Rodríguez

Las tres vidas del conde duque de Olivares

Alianza editorial
El libro de bolsillo

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Imagen de cubierta: © Archivo Anaya. *Retrato ecuestre del conde duque de Olivares,* por Diego Velázquez (1634), en el Museo del Prado, Madrid, España

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Manuel Rivero Rodríguez, 2025
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2025
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 979-13-7009-063-0
Depósito legal: M. 12.914-2025
Printed in Spain

Índice

13 Introducción

19 La fabricación del conde duque de Olivares
19 El círculo sevillano
27 La conquista del poder
33 La reinvención del valimiento
40 Argumentarios para tres momentos
40 1628: Retrospectiva de siete años de reinado
55 1635: Reflexionando sobre el éxito
69 1643: defensa ante el fracaso
85 Tres vidas en una

89 Juan Antonio de Vera y Zúñiga: Fragmentos históricos de la vida de don Gaspar Felipe de Guzmán, comendador mayor de Alcántara, conde de Olivares, duque de Sanlúcar la Mayor

91 Introducción a Juan de Vera y sus *Fragmentos históricos*
91 El autor: Juan Antonio de Vera y Zúñiga, conde de la Roca
94 Noticia sobre el texto y sus variantes
95 Bibliografía
101 Dedicatoria
105 Linaje, infancia, estudios e inquietudes juveniles

109 Azar, fortuna y ocasión en el destino de don Gaspar
118 El cambio de reinado, traspaso de poder
124 Reformas y formación del ministerio
131 Un gobierno ejemplar
134 El remedio de la Hacienda y los límites de la liberalidad real
144 El conde duque y su tío, don Baltasar de Zúñiga
146 Septiembre de 1626: El conde duque pide licencia para irse
152 El matrimonio inglés
183 Guerra de los Treinta Años, el *annus mirabilis* de 1625 y el proyecto de unión de armas
199 Casa y familia del conde duque
214 El valido en el despacho
222 Enfermedad de Felipe IV, 1627
232 La alianza con el emperador, el memorial sobre la Hacienda y la unión de armas
238 Espías y confidentes
240 Política católica
246 Audiencias y trato a pretendientes en la Corte
261 Críticas y alabanzas al conde duque
273 Guerra de Mantua

279 Virgilio Malvezzi: Retrato del privado cristiano político, deducido de las acciones del conde duque

281 Introducción a Virgilio Malvezzi y su *Retrato del privado cristiano político*
281 El autor: Virgilio Malvezzi
288 Sobre el texto y la traducción de Francisco de Balboa y Paz
295 Prólogo y dedicatoria de las ediciones italianas de 1635

301 Dedicatorias de la edición en español

379 Nicandro o antídoto contra las calumnias que la ignorancia y envidia han esparcido por deslucir y manchar las heroicas inmortales acciones del conde duque de Olivares después de su retiro

381 Introducción al *Nicandro*
381 Sobre la autoría y redacción del texto

431 Fuentes manuscritas

433 Créditos de las imágenes

435 Bibliografía

Este es un hecho bien conocido no solo por los historiadores, sino también (y, quizás, sobre todo) por todos los sectores políticos y tiranos. El que tiene y teje la historia está a cargo de su versión.

OLGA TOKARCZUK

Introducción

El conde duque de Olivares, a pesar del tiempo transcurrido desde su muerte, sigue siendo un personaje controvertido, empleado como modelo negativo y ejemplo de mal gobierno. Hace poco, en medio de la cotidiana crispación política a la que ya estamos habituados, un articulista de un periódico de tirada nacional equiparaba a un ministro del gobierno con el valido de Felipe IV. A su juicio, nos hallaríamos hoy en una regresión de cuatrocientos años. No es mi intención entrar en esta materia, sino señalar que en un breve recorrido por las alusiones aparecidas en la prensa referidas al conde duque observamos que el despotismo, el gobierno arbitrario y el desprecio a las leyes siguen siendo hoy en día las características que se le asignan. Su mala fama se emplea como imagen o modelo del político sin escrúpulos dispuesto a todo con tal de mantenerse en el poder. Es la interpretación que hizo el doctor Marañón, que lo tildó de déspota, arrogante y dictador. El abrumador éxi-

to de su biografía (con trece ediciones entre 1939 y 1969 en su versión de bolsillo) evidencia hasta qué punto este libro magnífico ha influido en las ideas comunes de las personas cultivadas, perpetuando una serie de tópicos sobre el valido que son difíciles de erradicar.

Es curioso que esta imagen prevalezca cuando apreciamos que don Gaspar de Guzmán, tanto en sus obras como en la imagen que construyó por medio de la propaganda, hizo denodados esfuerzos por aparecer ante la opinión como una persona modesta, dialogante, moderada y accesible, solo guiada por el servicio al rey y el interés general. Sus retratos vestido de negro y sin joyas proyectaban una imagen de austeridad, rigor y gravedad. Sus disposiciones siempre fueron escrupulosamente presentadas al público y siempre se explicaron sobre fundamentos éticos y morales. Sus apariciones públicas acompañando al rey enfatizaron valores de frugalidad y moderación. Estos esfuerzos no tuvieron los efectos deseados. En este libro se verá por qué.

Ofrecemos al lector un análisis sobre ese esfuerzo, que denominamos «la construcción del conde duque de Olivares», acompañado de tres biografías que encargó y supervisó para que la opinión pública aceptase y apoyase sus intenciones, ideas y propósitos de gobierno. Estos textos ilustran la preocupación del valido por construir o controlar el relato. Es decir, decidir lo que le llega al público en general dirigiendo su atención a determinadas cosas (eludiendo e ignorando otras) y estableciendo una narración cuyos parámetros definían aquello sobre lo que había que hablar. Se trataba sobre todo de tener la iniciativa generando imágenes positivas que jalonaban el curso de los acontecimientos, dominados

por las decisiones del rey y su valido. Los dos primeros textos, de Juan de Vera y Virgilio Malvezzi, corresponderían a esa voluntad de construir un relato, mientras que el tercero, atribuido a Francisco de Rioja, es más bien la defensa de alguien que ha perdido el control de dicho relato y hace denodados esfuerzos por recuperarlo.

Tras más de una década investigando la figura del valido, en esta obra de síntesis confío en poder ofrecer a los lectores especializados y no especializados una visión de conjunto y tres documentos que les permitirán escuchar casi de primera mano las ideas e inquietudes del conde duque de Olivares (perceptibles tanto en lo que manifiesta como en lo que oculta). Es imposible concluir esta presentación sin mencionar a las personas que de manera directa o indirecta hicieron posible este libro. En primer lugar, al profesor Martínez Millán, porque sin su tesón e infatigable esfuerzo no habría salido adelante el proyecto de investigación que dio origen a todo, *La Corte de Felipe IV*, cuyo resultado fueron once volúmenes que son de inexcusable lectura para los especialistas y que revolucionaron el estado de nuestros conocimientos sobre este periodo. Un proyecto del que me enorgullece haber formado parte. Por otro lado, son muchos los amigos y colegas a los que debo apoyos, lecturas críticas y conversaciones que fueron ampliando y mejorando mis conocimientos: Henar Pizarro, Félix Labrador, Eloy Hortal Muñoz, Carlos Javier de Carlos Morales, Santiago Fernández Conti, Rubén González Cuerva, Javier Revilla, Miguel Conde Pazos, Jesús Gómez, Juan Carlos Gómez Alonso, Mariano de la Campa, Isabel Pérez Cuenca, Porfirio Sanz Camañes, Mercedes Simal, Juan Pro, Ricardo Artola y otros muchos que harían interminable esta lista.

Agradezco a mi hermano Ángel, Jorge del Palacio, Javier Setó y Magda Lasheras el apoyo a este proyecto. Y por último quiero mencionar a mis hijos, Jaime y Arturo, y a Mabel, a quienes debo todo.

La fabricación del conde duque de Olivares

El círculo sevillano

A comienzos del siglo XVII, Sevilla era una de las ciudades más prósperas de Europa, y de hecho se situaba al nivel de las más pobladas y cosmopolitas del continente, como París, Venecia, Roma o Amberes. Gracias al monopolio del comercio con América, era la ciudad más populosa de España: rondaba los 130 000 habitantes en el año 1600. Su rápido crecimiento fue espectacular, y continuamente se renovaba y enriquecía con edificios, plazas, parques y amenos espacios públicos. Punto de encuentro entre el Nuevo Mundo y el Viejo, era celebrada como una nueva Atenas en la que florecían academias y se instalaban artistas y escritores al calor de los rumbosos mecenas, que adornaban su poder económico con el prestigio social que aportaba el patrocinio de la cultura y las artes. Puerta de América para Europa y puerta de España para todo el orbe, era un lugar

rico en intercambios. Allí circulaban embajadas que venían de tierras exóticas. Mercaderes portugueses, flamencos e italianos trapicheaban junto a los galeones anclados en el Guadalquivir. Por doquier pululaban hombres de negocios atentos al tráfico ultramarino, banqueros genoveses financiaban empresas e invertían sus ganancias, artistas procedentes de toda España probaban suerte en la decoración de iglesias, conventos y palacios... La metrópoli se llenaba de una multitud de gente de todas las naciones que trajo a España nuevas ideas estéticas e intelectuales procedentes de Europa, principalmente de Italia (Domínguez Ortiz 1986, 15-35).

En ese ambiente lleno de novedades, escritores, poetas, teólogos, historiadores, pintores, escultores, arquitectos o pensadores de todo género y condición convirtieron las formas provenientes de fuera en algo distinto; artífices e ingenios de la escuela sevillana en poesía o en pintura crearon formas artísticas nuevas que trascendieron los modelos italianos o flamencos para resultar en algo original que se inscribía en una insólita civilización manierista y barroca. Unas formas que se proyectaron sobre América adoptando un carácter particular que los historiadores del arte y la literatura cifran en expresiones estéticas grandilocuentes, fogosas, abigarradas y coloristas. Una escuela, además, caracterizada por una destreza portentosa en el manejo del lenguaje, obsesionada por pulir las formas, por la erudición y las citas, extraordinariamente intelectualizada y preocupada por la posteridad y la construcción de un legado imperecedero. Es decir, con una voluntad clara de trascendencia, de dejar memoria, como hicieron en el pasado Atenas o Roma. La recuperación del pasado clásico, propia de la civilización renacentista, contó aquí con un carácter par-

ticular al tomar a la vieja Hispalis como la quintaesencia de la herencia clásica en la península ibérica; de ahí la exaltación del genio del Betis y la apropiación de Séneca o de Trajano como genios hispánicos (Domínguez Ortiz 1986; Roldán 2004).

La presencia de don Gaspar de Guzmán en Sevilla, en aquel tiempo glorioso, se debía al azar, porque en origen no estaba destinado a vivir allí. Como hijo tercero de don Enrique de Guzmán, conde de Olivares, y de María Pimentel y Fonseca, había sido educado para ser eclesiástico y llevar una vida mucho más circunspecta en los claustros o en los tribunales. Nacido el 6 de enero de 1587 en Roma, donde su padre era el embajador de España ante la Santa Sede, vivió después en Nápoles y Sicilia, donde don Enrique fue nombrado virrey, hasta que a los catorce años su familia lo envió a la universidad de Salamanca para estudiar derecho canónico con la intención de orientar su futuro vital y profesional hacia el ámbito de la Iglesia y destinarlo a ocupar un puesto importante en la alta jerarquía eclesiástica como segundón de una de las más ilustres casas aristocráticas. Tal vez nunca habría llegado a ser lo que fue si no hubiesen fallecido sus dos hermanos mayores de forma inesperada. Pero esta circunstancia lo llevó en 1604 a abandonar la universidad y reunirse en Madrid con su padre, que murió tres años después, dejándolo solo en la corte. En poco tiempo su suerte había cambiado radicalmente: de ser un universitario en Salamanca destinado al sacerdocio a verse ahora dueño de un patrimonio importante, titular del mayorazgo de Olivares, libre de la tutela paterna, recién casado con su prima Inés de Zúñiga y Velasco, pero lejos de un prometedor futuro al servicio del rey. Su padre había

desaparecido en el momento en que iban a abrírsele las puertas del favor real, que quedaron así cerradas. Casi en el mismo instante en que fue consciente de esa nueva situación, comprendió también lo ilusas que eran muchas de sus expectativas. Frustrada su pretensión de ocupar los puestos que dejaba vacantes su padre, rechazada su aspiración a ser grande de España, decidió retirarse a sus estados y abandonó la corte antes de acabar el año 1607 (Marañón 1936, 9-27; Elliott 1990a, 27-54).

A juicio de Novoa, con estas pretensiones Olivares ya manifestaba su naturaleza desmesurada porque pretendía la grandeza sin haber rendido ningún servicio ni tener ningún mérito suficiente; como dice el autor: «no es causa eficiente ni forzosa ser nieto de Medina-Sidonia», y continúa: «el cubrirse, como digo, es para grandes hombres, grandes hazañas, grandes victorias, grandes empresas y por eso es grande el dictamen» (Novoa 1875, LXI, 85-86).

Como era heredero de uno de los más importantes patrimonios de Andalucía, culto, ambicioso e inmensamente rico, decidió trasladarse a Sevilla y olvidar los desengaños de la corte organizando veladas para ingenios en los jardines de su palacio o en su huerta de Miraflores. También le gustaba participar en célebres tertulias literarias y encuentros de ingenios como los que organizaba el III duque de Alcalá en la Casa de Pilatos. Pero fue en su propia casa donde animó una verdadera academia, conformando una corte literaria a la que acudían el pintor Francisco Pacheco, el mecenas Juan de Fonseca, el teólogo Luis de Alcázar, el poeta Juan de Jáuregui, el escritor Juan Pérez de Montalbán, el historiador Rodrigo Caro, el poeta y biógrafo Francisco de Calatayud y el retórico Juan de Robles y a la que se

sumaron quienes serían sus más estrechos colaboradores en el futuro: Juan Antonio de Vera Zúñiga, señor de Grajal, y el erudito y poeta Francisco de Rioja (González Sánchez 2015; Ollero Pina 2012).

Juan de Vera evoca el ambiente que rodeaba al joven conde de Olivares en varios diálogos de su obra *El Embajador* (Sevilla 1620), publicada cuando ya eran muy amigos. Procedente de Extremadura, Vera había ido a estudiar derecho a la universidad de Sevilla, en fecha imprecisa, en los años finales del siglo XVI, pero no consta ningún registro de ello. Tal vez, en el tráfago de aquella cosmópolis, cabe suponer que Vera abandonó las aulas atraído por las tertulias, las academias y los corrillos de ingenios. Se hizo amigo de poetas, frecuentó los cenáculos que proliferaban por doquier y poco a poco se integró en un círculo estrecho de amistades artísticas e intelectuales donde se codeó con personajes de la talla del humanista Juan de Fonseca y Figueroa, del poeta Francisco de Rioja, del Fénix de los Ingenios Lope de Vega (que en 1604 le dedicó un soneto en *El peregrino en su patria*), del dramaturgo Juan Pérez de Montalbán, del músico Juan de Arguijo, del pintor Francisco Pacheco, y de otros muchos. La buena fortuna quiso que, desde 1607, todos ellos tuvieran que ocuparse poco de buscar patrocinadores y protectores gracias a la generosidad del recién llegado conde de Olivares, que oficiaba como un magnánimo mecenas y gustaba de ser motejado como Manlio Capitolino (Ginarte González 1990, 54-55; Fernández-Daza Álvarez 1994, 103-104).

Francisco de Rioja también era de la misma generación que Olivares. Sacerdote y licenciado en leyes, destacó como poeta y erudito, pues era conocedor de las lenguas griega, hebrea y latina. Cobró fama en los encuentros que se cele-

braban en el taller del pintor Francisco Pacheco, sobre todo en una polémica acerca de los clavos de Cristo, y sobre el cartel de la cruz debatió con el duque de Alcalá. Uno de los discípulos y yerno del pintor, Diego Velázquez, pintaría mucho después un Cristo siguiendo sus preceptos. En las diversas tertulias sevillanas Rioja utilizó el nombre arcádico de Lucilio y con ese seudónimo dedicó siete sonetos a Manlio, el conde de Olivares (Barrera y Leirado 1867; Asensio 1886).

> ¡Cómo a ser inmortal, Manlio, caminas!,
> pues cuando el orbe en pieças dividido,
> cae con ímpetu orrendo i con ruido,
> intrépido te hieren sus ruinas.
> Émulas, Manlio, son de las divinas
> tus acciones; del número embestido
> ni passas a sus vozes advertido,
> ni a sus injurias aun la frente inclinas.
> Assí al luziente cerco de la luna,
> rayando en muda noche el oriente,
> furioso can latiendo va erizado;
> i ella igual i segura i refulgente
> sube, mal advertida a la importuna
> voz del can simple, en daño suyo airado.
>
> (Soneto XLIX. Rioja 1984, 214)

No está muy claro por qué eligió don Gaspar identificarse con Marco Manlio Capitolino, el cónsul que salvó el Capitolio del asalto de los galos, muy conocido por ser dadivoso y generoso con el pueblo, si bien murió condenado y ejecutado por traición. Probablemente le inspiraran los

versos de Virgilio que identificaban a Manlio como defensor de la civilización, del legado de Rómulo:

> En lo alto del escudo está presente
> Manlio, guardián de la Tarpeya roca,
> Que en defensa del templo, el eminente
> Capitolio ocupando, se coloca;
> Y vese allí que de la Gala gente
> Que a los umbrales en silencio toca,
> Volando avisa con clamor sonoro
> Argénteo ganso en pórticos de oro.
>
> (Eneida VIII, 652)

Pero es solo una hipótesis que aventuro sin poderla verificar. Lo cierto es que se convirtió en una celebridad dentro y fuera de la ciudad, y ese carácter fastuoso como anfitrión bien pudo servirle para que en la corte se reconociese su valía, pues fue nombrado en el año 1615 alcalde perpetuo del Alcázar (cargo que ya ostentó su padre). En aquella nueva Roma Olivares hizo pinitos literarios y llegó a escribir numerosos poemas que destruiría más tarde, en 1626, avergonzado de su pasado frívolo (Marañón 1936, 30-32, y apéndice XVI, 437-438).

A su importante papel de mecenazgo en las letras sevillanas se refirió Lope de Vega:

> Aquí dirás (y es bien) que ¿cómo callo
> el Guzmán generoso, el de Olivares
> en quien ciencia y virtud iguales hallo?
>
> (Barrera y Leirado 1867, 35)